

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SANTO DOMINGO SAVIO



UN ADOLESCENTE SANTO

2ª PARTE. VIVIENDO LA SANTIDAD

11º.- La confesión y la Santa Misa

Para poder mantener la amistad con Jesús y la Virgen hay dos sacramentos que conviene recibir con frecuencia: la Confesión y la Santa Misa.

En el sacramento de la Confesión Dios, a través del sacerdote (que en ese momento representa a Jesucristo) nos perdona todos los pecados. En la Santa Misa, por medio de la Sagrada Comunión, podemos recibir a Jesús en nuestro interior. Este alimento sagrado nos da fuerzas para hacer el bien y evitar el mal.

Domingo se confesaba con mucha frecuencia. Sabía que así mantenía su alma limpia y siempre caminando para el Cielo eterno. Asimismo animaba a todos los que podía a confesarse. Es muy conocido que gracias a sus consejos un gran número de compañeros se acercó al confesonario.

La Santa Misa le entusiasmaba. Creía firmemente que en el Santísimo Sacramento está realmente Jesucristo. Por eso lo adoraba y lo honraba todo lo que podía. Si encontraba por la calle a algún sacerdote que llevaba la Sagrada Comunión para dársela a algún enfermo inmediatamente se arrodillaba. Un día que llovía y las calles estaban con barro Domingo se arrodilló igualmente. Un compañero le regañó por manchar de aquel modo la ropa a lo que Domingo se limitó a responder:

-Lo mismo las rodillas que los pantalones son del Señor y, por tanto, todo ha de servir para darle honra y gloria.

12º.- Su horror a la blasfemia

Una de las cosas que más le horrorizaban era la blasfemia. Esto ocurre cuando alguien profiere contra Dios, la Virgen o las cosas sagradas palabras de odio, reproche o desafío. Si Domingo escuchaba blasfemias sufría tanto que incluso su cuerpo se resentía. Desgraciadamente en aquella época era muy común que la gente blasfemase de Dios cuando algo les salía mal.

Un día, yendo por una de las plazas de la ciudad, un compañero suyo vio que se quitaba la gorra y pronunciaba en voz baja algunas palabras.

-¿Qué haces? ¿Qué dices?

-¿No has oído? -respondió Domingo-; aquel carretero acaba de pronunciar en vano el santo nombre de Dios. Si no fuera indiscreción iría a rogarle que no volviera a hacerlo; pero como temo diga cosas peores me limito a quitarme la gorra y decir: “¡Alabado sea Jesucristo!”; y esto lo hago con ánimo de reparar de alguna manera la ofensa hecha al santo nombre del Señor.

En otra ocasión, volviendo del colegio, escuchó a un hombre mayor decir una horrible blasfemia. Domingo se estremeció, alabó al Señor en su corazón y después, con mucho respeto y delicadeza, se acercó al hombre a preguntarle si podría decirle donde estaba el Oratorio?

-Buen niño, siento mucho no saberlo.

-¡Ah! Pues ya que no sabe esto, ¿podría hacerme otro favor?

-¿Cómo no? ¡De mil amores!

Domingo entonces, acercándose al oído del hombre, le dijo en voz baja:

-Usted me hará un gran favor si en sus enfados se abstiene de blasfemar del santo nombre de Dios.

El hombre, conmovido y admirado, respondió:

-¡Bravo! Tienes mucha razón. Es un vicio maldito que quiero vencer a toda costa.

13º.- Llevando la cruz con Cristo

Jesús ha dicho: *Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga (Lc 9, 23)*. Con estas palabras el Señor nos daba a entender que seguirle muchas veces nos va a costar esfuerzo y vamos a tener que aprender a negar gustos y deseos que podamos tener si ellos nos apartan del Evangelio, del amor a Dios y del camino de los mandamientos.

Domingo lo entendió. Sabía que seguir a Jesús de verdad suponía, en ocasiones, mucho esfuerzo. Sabía que nuestra comodidad, egoísmo, soberbia y pereza son un obstáculo a la santidad. Por eso quiso, para no dejarse dominar por estas cosas, ofrecer sacrificios y penitencias al Señor.

Primero intentó sacrificios corporales. Quiso ayunar a pan y agua los sábados en honor a la Virgen María. San Juan Bosco no se lo permitió por que tenía una salud demasiado delicada. Domingo entonces puso en su cama trozos de madera y pedazos de ladrillo para que su descanso se

volviera incómodo. Pero San Juan Bosco, al enterarse, retiró todos esos objetos y le prohibió que volviera a hacerlo. Domingo no se dio por vencido: ¡quería ofrecer algo costoso al Señor! Por eso, cuando se acercó el invierno, no puso ninguna manta más en su cama. Quería ofrecer la penitencia del frío a Dios. Pero el director de la casa, una mañana, al examinar la cama lo descubrió.

-¿Por qué has hecho esto? ¿Quieres morirte de frío?

-No me moriré de frío -respondió Domingo-. Jesús en el pesebre de Belén y cuando colgaba de la cruz estaba menos abrigado que yo.

San Juan Bosco, al enterarse de esta nueva penitencia, le prohibió terminantemente que volviera a practicar ningún tipo de sacrificio extraordinario. Temía que arruinara su salud con estas cosas.

-La penitencia que Dios quiere de ti -le dijo Don Bosco- es la obediencia. Obedece, que esto te basta.

-¿Y no podría permitirme alguna otra penitencia?

-Sí: soportar con paciencia todas las injurias que te hagan, tolerar con resignación el calor, el frío, los vientos, las lluvias, el cansancio, las enfermedades...

-Pero esto se sufre por necesidad...

-Lo que debes sufrir por necesidad, ofrécelo al Señor, y se convertirá en virtud grande y ganarás muchos méritos para tu alma.

A partir de ese día Domingo dejó de buscar penitencias extraordinarias y se limitó a cumplir fielmente con su deber, ofreciendo al Señor todos los sufrimientos que esto pudiera

acarrearle.

Logró así un completo dominio de sí. Siempre tenía un aspecto sereno, lleno de paz. Los que lo conocían bien sabían que esa paz era fruto de una lucha continua por vencerse, pues de suyo, tenía un carácter muy vivo y enérgico.

He aquí algunas de las mortificaciones que practicó:

Se mortificó en el hablar: siempre callaba cuando otros hablaban y nunca dejó escapar ninguna palabra inútil cuando estaba en la clase, en el estudio o en la Iglesia.

Perdonaba con prontitud los malos modos de los compañeros. Un día avisó a un chico más pequeño que él para que se corrigiera de una fea costumbre. El chico no sólo no se corrigió sino que, gritándole e insultándole, le empezó a pegar manotazos y puntapiés. Domingo se encendió de cólera, pero dominándose, a pesar de que tenía más edad y más fuerza, se limitó a decirle con bondad:

-Yo te perdono. Has hecho mal. No trates a otros de la misma manera.

Otra penitencia que practicaba es que nunca se quejaba del frío, del calor, del horario de las clases, de las comidas... Solía recoger asimismo las sobras de los alimentos que otros dejaban. Una vez le preguntaron por qué lo hacía. Respondió:

-Todo cuanto tenemos es don precioso de la mano de Dios; pero de todos los dones, después de su santa gracia, el más apreciable es el del alimento, con el cual nos conserva la vida. Así es que aún la más pequeña parte de

este don merece nuestro agradecimiento.

Gozaba muchísimo, y lo ofrecía como sacrificio, ayudando a los demás en tareas sencillas y humildes tales como limpiar los zapatos, ayudar a los enfermos, barrer...

-Cada uno hace lo que puede; yo no soy capaz de hacer grandes cosas; pero lo que puedo, quiero hacerlo a mayor gloria de Dios.

San Juan Bosco, hablando de las penitencias de Domingo, concluye así: "Comer cosas que no eran de su gusto, abstenerse de las que le agradaban, dominar sus miradas aun en cosas indiferentes, tolerar ingratos olores, renunciar a su propia voluntad, soportar con perfecta resignación todo lo que le causaba algún dolor a su cuerpo o a su ánimo, eran actos de virtud en los que Domingo se ejercitaba todos los días, y podemos decir en cada momento de su vida".

¿Cuál era el secreto? El secreto es que todo esto Domingo lo hacía por amor a Dios. Y por eso no lo practicaba con amargura ni con temor, sino con una profunda alegría. Vivía su vida de sacrificios y entrega a Dios con amor y alegría.

Un día llegó un nuevo compañero al Oratorio. Viendo a Domingo tan feliz con sus compañeros, con tanto deseo de servir al Señor, le preguntó qué es lo que debía hacer para ser santo:

-Te lo voy a decir en pocas palabras: has de saber que aquí nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres; procuramos solamente huir del pecado, como de un gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón; queremos cumplir exactamente nuestros deberes y

frecuentar las prácticas de piedad. Empieza hoy mismo a escribir como recuerdo: *Servid al Señor con alegría (Sal 99, 2)*.

14°.- La virtud de la pureza

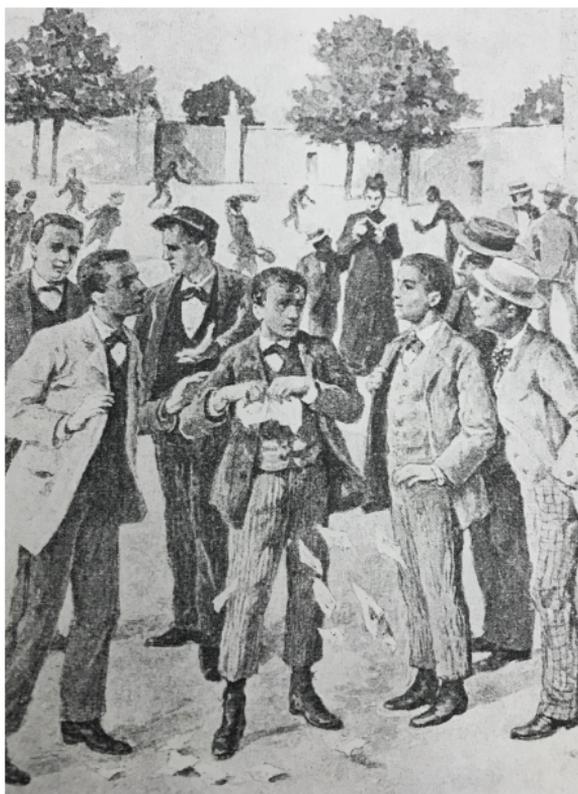
Como amaba tanto a la Santísima Virgen María procuraba vivir con mucho esmero la virtud de la pureza pues sabía que la Virgen ama especialmente esta virtud. La pureza supone un uso de la sexualidad según la voluntad de Dios. La sexualidad es creada para ser vivida dentro del matrimonio. Todo uso de la sexualidad, bien de forma solitaria bien con otras personas, fuera del matrimonio supone un pecado de impureza sexual. Son pecados graves.

Domingo evitaba todo aquello que pudiera llevarle a cualquier tipo de impureza sexual, tanto en sus pensamientos como en sus actos. Vigilaba especialmente las cosas que miraba, pues decía:

-Los ojos son como dos ventanas por donde pasa todo lo que uno quiere; podemos dejar pasar por ellas a un ángel o al demonio y hacer que uno u otro sean dueños de nuestro corazón.

Un día un muchacho que no era del Oratorio trajo una revista llena de imágenes impuras e indecentes. Muchos lo rodearon para poder observarlas. Domingo se acercó también. Al ver de que se trataba quedó sorprendido. Luego, sonriendo, tomó la revista y la hizo pedazos. Todos se quedaron asombrados, mirándose unos a otros sin saber qué hacer.

-¡Desgraciados! -les dijo Domingo- Dios nos ha dado los ojos para contemplar la hermosura de las cosas por Él creadas, y vosotros os servís de ellos para mirar obscenidades inventadas por los malvados para perder nuestras almas. ¿Habéis olvidado lo que tantas veces nos han predicado? El Salvador nos dice que por una sola mirada deshonesta manchamos nuestra alma (cf Mt 5, 28) ¿y alimentáis vuestros ojos con estas cosas?



Tomó la revista y la hizo pedazos

-Nosotros -dijo uno de ellos- estábamos mirando estas cosas para reírnos.

-Sí, sí, y así riendo podéis caer en el Infierno... más, allí, ¿seguiríais riendo?

-Pero nosotros -replicó otro- no vemos tanto mal en estas figuras...

-Tanto peor; el no ver tanto mal mirando tales obscenidades es señal de que vuestros ojos ya están habituados a verlas; y este hábito no os disculpa del mal, antes os hace más culpables.

¡Cuán lejos de la santa pureza están los jóvenes que continuamente miran obscenidades y pornografía en la tele, ordenador y móvil, dejando que toda esa basura manche sus ojos, su mente, su corazón y su alma! Si quieres vivir la pureza debes evitar por completo mirar esas cosas.

15º.- Milagros y hechos extraordinarios

Dios permite, a veces, que en la vida de los santos aparezcan hechos extraordinarios. Son como una prueba de la santidad de esas personas. En la vida de Domingo Savio sucedieron algunos de estos hechos prodigiosos. Veamos algunos:

**Éxtasis:* El éxtasis es cuando una persona, estando en oración, es atraída tan profundamente por Dios, que deja de percibir las cosas que le rodean. La persona que entra en éxtasis parece no darse cuenta de nada de lo que pasa a su

alrededor. Domingo, que rezaba mucho, empezó a tener éxtasis a menudo. El más famoso de todos tuvo como testigo a San Juan Bosco. Una mañana Domingo no apareció ni en el desayuno, ni en las clases, ni en la comida. Nadie sabía dónde estaba: no se le encontró en la habitación, ni en el estudio... Se informó a Don Bosco y éste, intuitivamente, se dirigió a la Iglesia. Allí lo encontró: inmóvil, como una estatua. Tenía una mano apoyada en el atril y la otra sobre el pecho. Miraba fijamente al sagrario, sin mover ni un párpado. Don Bosco le llamó, pero Domingo ni se inmutó. Entonces lo agarró con las manos y lo zarandeó. El muchacho, volviéndose, dijo:

-¡Oh! ¿Ya se acabó la Misa?

-Mira -le dijo Don Bosco señalándole el reloj-, son las dos.

Domingo se disculpó muchísimo por haber faltado a sus deberes. Don Bosco lo mandó a comer diciéndole:

-Si alguien te pregunta de dónde vienes dile que de cumplir una orden mía.

Esto lo hizo para evitar que le hicieran preguntas indiscretas y ocultar el suceso extraordinario: ¡había estado seis horas en éxtasis, delante del altar, en dulce contemplación de las cosas divinas!



Miraba fijamente el sagrario

**Visiones:* A veces Dios mostraba a Domingo algunas visiones de cosas celestiales. Don Bosco se daba cuenta de que, durante el recreo, en alguna ocasión, Domingo dirigía su mirada a otra parte, como si viera algo, y se iba a pasear a solas. Don Bosco le preguntó el por qué de su actitud.

-Me parece que sobre mi cabeza se abre el cielo - respondió Domingo- y tengo que apartarme de mis compañeros por no decir cosas que ellos tal vez pondrían en ridículo.

En otra ocasión, preguntado directamente por Don Bosco, reveló:

-Me parece ver cosas tan bellas que se me pasan las horas como un instante.

Un día San Juan Bosco se disponía a salir de la Iglesia, después de haber rezado, cuando escuchó, en un lugar apartado del templo, una voz de uno como que dialogaba. Fue a ver y encontró a Domingo que hablaba y luego callaba, para dar a continuación una contestación. Entre otras cosas Don Bosco entendió claramente estas palabras: "Sí, Dios mío, os lo he dicho y nuevamente os lo repito: yo os amo y os quiero amar hasta la muerte. Si veis que he de ofenderos, mandadme la muerte; sí, antes morir que pecar".

Don Bosco empezó a notar que Domingo, durante un tiempo, hablaba con mucha frecuencia del Papa, repitiendo una y otra vez que le gustaría mucho verlo pues tenía cosas de gran importancia que comunicarle. Era entonces Papa Pío IX. Don Bosco le preguntó que era eso de tanta importancia que quería decirle.

-Si pudiera hablar con el Papa -respondió Domingo- le diría que, en medio de las grandes tribulaciones que le aguardan, no deje de trabajar con particular solicitud por Inglaterra. Dios prepara un gran triunfo al catolicismo en aquel reino.

-¿Y en qué te fundas tú para decirlo?

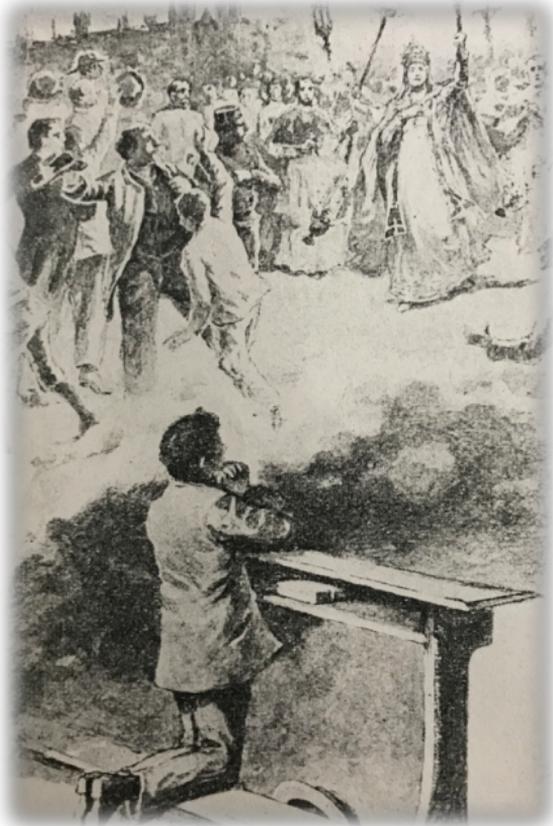
-Se lo diré, pero no quisiera que hablara usted de esto a otros, porque tal vez se burlarían de mí. Con todo, si va a Roma, dígaselo a Pío IX. Oiga, pues: una mañana, mientras daba gracias después de la comunión, me sobrecogió una fuerte distracción, y me pareció ver una vastísima llanura llena de gente envuelta en densas tinieblas. Caminaban, pero como quien ha perdido el camino y no ve dónde fija las plantas. *Esta región* -me dijo uno que estaba a mi lado- *es Inglaterra*. Iba a preguntarle otras cosas cuando vi al Sumo Pontífice Pío IX tal como le había visto en algunos cuadros. Vestía majestuosamente y, llevando en sus manos una antorcha esplendorosa, avanzaba entre aquella inmensa muchedumbre de personas. A medida que adelantaba, las tinieblas desaparecían con el resplandor de la antorcha y la gente quedaba inundada de tanta luz como el mediodía. *Esta luz* -me dijo el amigo- *es la religión católica, que debe iluminar Inglaterra*.

En el año 1857 Don Bosco tuvo que ir a Roma y habló con el Papa. Entre otras cosas le contó esta visión. El Papa le dijo:

-Esto me confirma en mi propósito de trabajar sin descanso en favor de Inglaterra, que ya es el objeto de todas mis solicitudes. Esta narración, si no es algo más, me sirve al

menos como consejo de un alma piadosa.

(Inglaterra, como es sabido, se separó de la Iglesia Católica en el siglo XVI y creó su propia Iglesia, la Iglesia anglicana. Precisamente unos años más tarde de esta visión de Domingo hubo grandes miembros de la Iglesia anglicana que se convirtieron al catolicismo y con su ejemplo arrastraron a otros muchos).



Visión del Papa Pío IX

**Conocimiento de cosas ocultas:* Dios revela a veces secretos y cosas ocultas a sus siervos para bien de otros. En cierta ocasión la ciudad se vio atacada por el cólera. Don Bosco salía por las calles para atender a los afectados. El 8 de Septiembre de 1855 Domingo y otros muchachos salieron por las calles para ayudarlo. De repente Domingo se detuvo delante de una casa y preguntó al dueño si había alguna persona en ella atacada por el cólera. El dueño dijo que no pero Domingo insistió y pidió que mirasen atentamente porque en la casa tenía que haber una enferma. Tenía razón: una pobre mujer iba a trabajar a la casa de la noche a la mañana y el dueño había puesto a su disposición un cuarto en el desván para que pusiera sus ropas y comiese. La noche de antes no había podido bajar, como solía, aunque nadie había reparado en ello. Atacada por el cólera no tenía fuerzas para pedir ayuda. Gracias a la insistencia de Domingo se la encontró en el desván, medio muerta. Enseguida se llamó a un sacerdote que tuvo tiempo de confesarla y darle la unción antes de que muriese.



Un día entró Domingo en la habitación de Don Bosco:

-Pronto, venga conmigo, que se ofrece ocasión para hacer una buena obra.

-¿Adónde quieres llevarme?

-Vamos, pronto.

Don Bosco narra lo sucedido así: “Como yo había experimentado ya otras veces de cuánta importancia eran estas invitaciones, condescendí. Le sigo, sale de la casa, se dirige por una calle, luego por otra sin detenerse ni decir palabra. Al fin se para, sube una escalera, llega al tercer piso y agita fuertemente la campanilla.

-Aquí es donde usted debe entrar -me dijo, y al punto se marchó.

Se abre la puerta.

-¡Oh! Pronto -me dicen-, pronto; de lo contrario no llega a tiempo. Mi esposo tuvo la desgracia de hacerse protestante; ahora se encuentra en trance de muerte y pide por piedad morir como un buen cristiano.

Me dirigí enseguida al lecho del enfermo el cual mostraba gran ansiedad de reconciliarse con Dios y, arreglados con la mayor presteza los negocios de su alma... no tardó en pasar a la otra vida. Más tarde quise preguntar a Domingo cómo había sabido que en aquella casa había un enfermo pero él me miró con semblante de dolor y se echó a llorar. Desde entonces jamás le volví a preguntar.”

Más tarde, al contar el hecho a la hermana de Domingo, Don Bosco decía que nunca había podido comprender cómo supo guiarle en la oscuridad de la noche a través de las

calles de Turín, calles que el muchacho desconocía.

Hay más hechos sobrenaturales en la vida de Domingo pero los ya vistos bastan para darnos una idea de lo unido que estaba con Dios.

16°.- Domingo deja el Oratorio

Domingo tenía bastantes problemas de salud por su complexión delicada. En un momento determinado el médico determinó que tenía que quedarse en el Oratorio sin poder ir a la escuela durante unos días, pues necesitaba descanso. Como no era necesario que guardara cama Domingo aprovechó para visitar al resto de enfermos de la casa y ayudarles en sus necesidades. A uno que no quería tomarse la medicina porque sabía mal le dijo:

-Amiguito, debemos tomar cualquier remedio, puesto que haciéndolo así obedecemos a Dios, que ha establecido las medicinas y los médicos porque son necesarios para recuperar la salud perdida; y si sentimos repugnancia en el gusto, mayor será el mérito para nuestra alma. Por otra parte ¿crees que esta bebida es tan amarga como la hiel y el vinagre que le dieron a Jesús en la cruz?

Como su salud seguía empeorando y no mejoraba Don Bosco vio conveniente que el muchacho fuera a pasar unos días a casa de sus padres en el pueblo de Mondomio, alejado del intenso ritmo de los estudios, a ver si se restablecía plenamente. Domingo no quería, pues deseaba permanecer en el Oratorio y cerca de su padre espiritual Don

Bosco, pero aceptó por amor a la obediencia y ofrecer un sacrificio a Dios .

Antes de determinarse que debía marchar a su casa Domingo, por ciertas misteriosas frases que decía, daba a entender que no le quedaba mucho tiempo de vida, como si Dios le hubiese revelado algo al respecto. Desde que supo que iba a marcharse del Oratorio empezó a preguntar con frecuencia a Don Bosco sobre cómo debía prepararse para la muerte.

¿Cuál es la mejor cosa que puede hacer un enfermo para alcanzar méritos delante de Dios?

-Ofrecerle a menudo lo que padece.

-¿Qué más?

-Ofrecer su vida al Señor.

-¿Puedo estar cierto de mi salvación?

-Sí, mediante la divina misericordia, la cual no te ha de faltar, puedes estar cierto de salvarte.

-Y si el demonio viniese a tentarme, ¿que le he de responder?

-Le responderás que tu alma se la vendiste a Jesucristo y que Él la compró con su sangre; si el demonio te ofreciere alguna otra dificultad, le preguntarás qué hizo él por la salvación de tu alma mientras que Jesucristo derramó toda su sangre para librarla del infierno y llevarla consigo al Paraíso.

La mañana del día de su partida confesó y comulgó. Luego fue a despedir a cada uno de sus compañeros: todos lo

estimaban mucho porque era bueno y caritativo. Luego se acercó a Don Bosco y le dijo:

-Puesto que usted no quiere esta mi “carcasa” (hablaba de su cuerpo) me veo obligada a llevarla a Mondomio. La molestia sería de pocos días... luego todo estaría concluido; con todo, ¡hágase siempre la voluntad de Dios! Si va a Roma acuérdesse del encargo que le di para el Papa acerca de Inglaterra; ruegue a Dios para que yo pueda tener una buena muerte. Nos volveremos a ver en el Paraíso.

El 1 de Marzo de 1857 abandonó el Oratorio, donde había estado cerca de tres años. Aseguraba que no volvería jamás y que se iba para morir en su casa. Nadie, ni el propio Don Bosco, pensaban que esto ocurriría. Creían que en breve estaría de vuelta. Pero no fue así.

17º.- La última enfermedad

Al principio de llegar al pueblo Domingo pareció mejorar. Pero pronto se vio que no. Las fuerzas le disminuyeron muchísimo y una tos persistente empezó a ser muy preocupante para los médicos. Lo mandaron a guardar cama y le hicieron varias sangrías. Era común que la gente joven temiera las sangrías pues suponían dolorosos pinchazos. Incluso algunos adultos las evitaban cuanto podían. El médico, antes de pinchar a Domingo, le invitó a mirar hacia otro lado y tener paciencia. Pero el chico respondió:

-¿Qué es una pequeña punzada en comparación con los clavos que pusieron en las manos y en los pies a nuestro

inocentísimo Salvador?

Y con la mayor calma, sin dar muestras de turbación, miró todo el tiempo como le brotaba sangre de las venas.

Tras varias sangrías pareció mejorar. Así lo creía el médico y sus padres. Pero Domingo parecía saber algo más pues dijo a su padre:

-Papá, buena cosa será que hagamos una consulta con el Médico del Cielo. Deseo confesarme y recibir la comunión.

Llamaron al sacerdote. Se confesó y comulgó con mucha devoción. Alguien le escuchó decir al comulgar:

-¡Sí, sí, oh Jesús, oh María, vosotros seréis ahora y siempre los amigos de mi alma! Lo repito y mil veces lo digo: ¡antes morir que pecar!

Después dijo:

-Ahora estoy contento; verdad es que aún tengo que andar el largo viaje de la eternidad; pero estando Jesús en mi compañía, ya nada tengo que temer. ¡Oh, decidlo siempre, decidlo a todos: quien tiene a Jesús por amigo y compañero, no teme ya mal alguno, ni siquiera la muerte!

Verdaderamente soportó con paciencia todas las incomodidades: se sometía a diez sangrías, medicinas amargas... no rechistaba ni causaba ninguna molestia a sus padres.

18º.- Su preciosa muerte

9 de Marzo del año 1857. Era el cuarto día que Domingo pasaba en cama. El médico se mostró por la mañana muy optimista:

-Vamos bien, la enfermedad está vencida; sólo es necesaria una juiciosa convalecencia.

Los padres se alegraron muchísimo. Domingo, sin embargo, se puso a reír y comentó:

-Vencido está el mundo; sólo es menester una juiciosa comparecencia ante Dios.

Así que hubo marchado el doctor pidió el sacramento de la Unción de los enfermos. Asimismo se le otorgó la bendición papal. Al oír que aquello suponía una indulgencia plenaria se consoló muchísimo diciendo con gran alegría:

-¡Gracias a Dios! ¡A Dios las gracias eternamente!

Se volvió luego al crucifijo que tenía en la habitación y le dijo:

-Te entrego, ¡oh Dios! mi libertad, las potencias del alma y del cuerpo mío, te lo doy todo porque todo es tuyo, y sin reserva a tu voluntad me confío.

Acercándose la noche, aunque nada parecía indicar su muerte, Domingo pidió a su padre que le leyera unas "letanías de la buena muerte" que Don Bosco había compuesto. Cuando al final de la oración se pide a Jesús que el alma no sea rechazada sino acogida por Dios para cantar eternamente las alabanzas divinas Domingo dijo:

-Esto es lo que deseo: cantar eternamente las alabanzas del Señor.

Pareció entonces que se dormía. Pero al poco se despertó y con voz clara y alegre dijo:

-Adiós papá, adiós... ¡Oh!, que cosas tan hermosas veo....

Y sonriendo, con semblante celestial, las manos cruzadas

sobre el pecho y sin hacer el más mínimo movimiento, murió. Tenía quince años.

La noticia de su muerte sorprendió en el Oratorio. No se lo esperaban. Pronto una voz unánime corrió entre sus compañeros: “¡Era un santo de verdad!”.

19º.- Apariciones después de morir

Tenemos consignadas dos apariciones de Domingo Savio tras su muerte. Una fue a su padre. El pobre había quedado en una profunda tristeza tras la muerte de su hijo. Un mes más o menos después, una noche que no podía dormirse, mientras daba vueltas en la cama, de repente el techo de la habitación pareció abrirse y rodeado de una potentísima luz apareció Domingo. Tenía un rostro alegre y risueño al mismo tiempo que mostraba aspecto majestuoso.

-¡Oh Domingo! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Estás ya en el Paraíso?

-Sí, padre mío. Estoy verdaderamente en el Paraíso.

El padre pidió a Domingo que rezará por toda la familia para que pudieran ir al Cielo y Domingo le aseguró que así lo haría. Luego desapareció, volviéndose la habitación tan oscura como antes.

La otra aparición fue a San Juan Bosco. Dios le revelaba, a veces, cosas por medio de visiones y “sueños”. Él, en ocasiones, contaba estas visiones por si podían ayudar a los demás. Un día, en la noche del 6 al 7 de Diciembre de 1876, a Don Bosco se le apareció Domingo Savio en uno de sus

misteriosos sueños. El relato es largo. Vamos a entresacar las partes más importantes. El propio San Juan Bosco lo cuenta así:

“De pronto me pareció encontrarme sobre una colina, al borde de una inmensa llanura cuyos confines se perdían de vista en la inmensidad.. Anchos y gigantescos paseos dividían la llanura en vastísimos jardines de inenarrable belleza... Vi aparecer una multitud de jóvenes, muchos de los cuales habían estado en el Oratorio y en los otros colegios; a muchos, por consiguiente, los conocía. Con todo, la mayor parte me era desconocida. Aquella multitud interminable se dirigía hacia mí. A su cabeza iba Domingo Savio... Se adelantó y se mantuvo cerca de mí. Callaba y me miraba sonriendo. ¡Qué hermoso estaba! Su vestido era realmente singular. Le caía hasta los pies una túnica cuajada de diamantes y toda tejida de oro. Ceñía su cintura una amplia faja roja...

-¿No eres tu Domingo Savio?

-Sí, lo soy; ¿ya no me reconoces?

-¿Y este vestido tuyo tan blanco?

Calló Domingo. Entonces cantaron los demás:

-Han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero (Ap 7, 14)

-¿Y esa faja que te ciñes?

Tampoco quiso Savio contestar. Uno del coro cantó él solo:

-Son vírgenes. Siguen al Cordero adondequiera que vaya (Ap 14, 4).

Comprendí entonces que la faja roja, color de sangre, era

símbolo de los grandes sacrificios hechos, de los violentos esfuerzos y del casi martirio sufrido para conservar la virtud de la pureza; y que para mantenerse casto en la presencia del Señor hubiera estado pronto para dar la vida, si las circunstancias lo hubiesen requerido; y también que era símbolo de las penitencias, que limpian al alma de la culpa. La blancura y el esplendor de la túnica significaban la inocencia bautismal conservada...

Me daba cuenta de que parecía que Domingo tenía la preeminencia sobre aquella muchedumbre pues todos permanecían, respetuosamente, detrás de él como a unos diez pasos.... Domingo me presentó un magnífico ramillete que tenía en la mano. Había en él rosas, violetas, girasoles, gencianas, lirios, siemprevivas, y entre las flores, espigas de trigo. Me lo ofreció y dijo:

-¡Mira!

-Veo, pero no entiendo nada... ¿qué significa este ramillete de flores?

-Representan las virtudes que más agradan al Señor.

-¿Cuáles son?

-La rosa es símbolo de la caridad; la violeta de la humildad; el girasol de la obediencia; la genciana de la penitencia y la mortificación; las espigas de la comunión frecuente; el lirio indica la bella virtud de la cual está escrito: Serán como ángeles en el Cielo (Mt 22,30): la castidad. Y la siempreviva significa que estas virtudes deben durar siempre, y simboliza la perseverancia.



-Ahora bien, querido Domingo, tú, que durante tu vida practicabas todas estas virtudes, dime: ¿qué fue lo que más te consoló en la hora de la muerte?

-¿Qué piensas tú que pudo ser?

-¿Fue tal vez el haber conservado la bella virtud de la pureza?

-No; no fue solo eso.

-¿Te alegró tal vez tener tranquila la conciencia?

-Bueno, es eso, pero no fue lo mejor.

-¿Acaso fue tu consuelo la esperanza del Paraíso?

-Tampoco.

-¿Pues qué? ¿El haber atesorado muchas buenas obras?

-¡No, no!

-Entonces, ¿cuál fue tu consuelo en aquella última hora?

-Lo que más me confortó en el trance de la muerte fue la asistencia de la poderosa y amable Madre del Salvador. Díselo a tus religiosos, y no se olviden de invocarla en todos los momentos de su vida...

-¿Mis jóvenes están todos en el recto camino de la salvación? Dime alguna cosa para que pueda dirigirlos bien.

-Los jóvenes que la Divina Providencia te ha confiado pueden dividirse en tres clases. ¿Ves estas tres listas?

Y me entregó una.

-¡Míralas!

Miré la primera. La encabezaba la palabra *invulnerati* y tenía el nombre de aquellos a quienes el demonio no ha podido herir, que no han mancillado su inocencia con culpa alguna. Eran un gran número, y los vi a todos. A muchos ya los conocía, otros era la primera vez que los veía, y seguramente vendrán al Oratorio en años sucesivos...

Entonces Domingo me dio la segunda lista, cuyo título era *vulnerati*, esto es, los que habían estado en desgracia de Dios pero, una vez puestos en pie, ya habían curado sus heridas arrepintiéndose y confesándose. Era un número mayor que los primeros y habían sido heridos en el sendero de la vida por los enemigos... leí la lista y los vi a todos. Muchos iban encorvados y desalentados.

Domingo tenía la tercera lista. Era su epígrafe *Lassati in via iniquitatis* y contenía los nombres de los que estaban en desgracia de Dios. Estaba yo impaciente por conocer el secreto, por lo que extendí la mano; pero Domingo me interrumpió con presteza.

-No; aguarda un momento y escucha. Si abres esta hoja saldrá de ella un hedor tal, que ni tu ni yo lo podremos resistir. Los ángeles tienen que retirarse asqueados y horrorizados y el mismo Espíritu Santo siente náuseas por la horrible hediondez del pecado.

-¿Y cómo puede ser eso –interrumpí- siendo Dios impasible?

-Sí; porque cuanto mejores y más pura son las criaturas tanto más se acercan a los espíritus celestiales; y al contrario, cuanto peor y más deshonesto y soez es uno, tanto más se aleja de Dios y de sus ángeles quienes, a su vez, se apartan de él, que se ha convertido en un objeto de náuseas y de repulsión.

Entonces me dio la tercera lista.

-Tómala; ábrela y aprovéchate de ella en bien de tus jóvenes.

Después de entregarme la lista se retiró en medio de sus compañeros. Abrí entonces la lista; no vi nombre alguno, pero al instante me fueron presentados de golpe todos los individuos en ella escritos, como si en realidad yo viera sus personas. ¡Con cuánta amargura los contemplé! La mayor parte los conocía y pertenecen al Oratorio y a otros colegios. ¡Cuántos de ellos parecen buenos, y aun los mejores de entre los compañeros, y, sin embargo, no lo son!

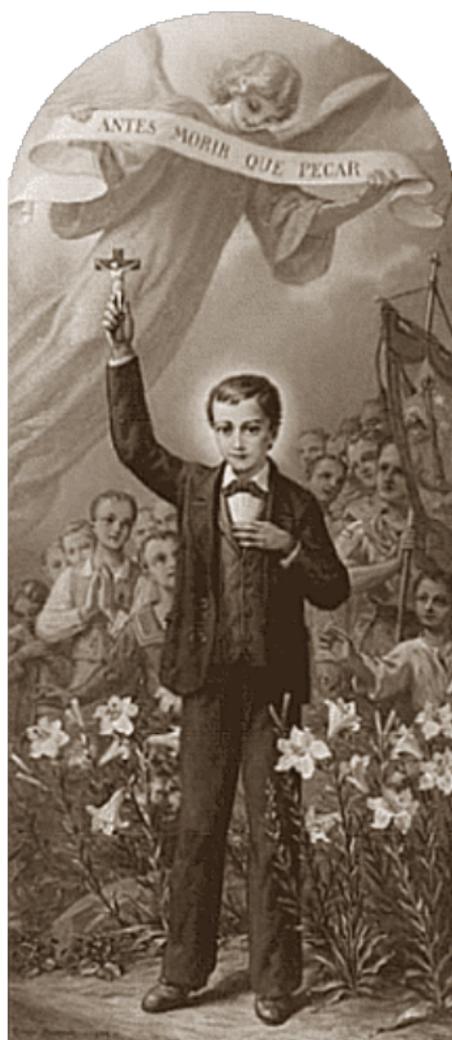
En cuanto abrí la lista se esparció en derredor un hedor tan insoportable que al punto me vi asaltado de acerbísimos dolores de cabeza... El aire se oscureció; desapareció la visión; zigzagueó un rayo que fulminó la estancia y retumbó

un trueno en el espacio, tan fuerte y terrible, que me desperté sobresaltado.

Aquel hedor penetró en las paredes, infiltrándose en mis vestidos, tanto que muchos días después aún me parecían sentir aquella pestilencia...

Empecé a preguntar ya a un joven ya a otro y pude cerciorarme de que el sueño no me había engañado. Es, pues, una gracia del Señor, que me ha dado a conocer el estado del alma de cada uno de vosotros; pero de esto nada diré en público”

Domingo Savio fue canonizado el 12 de junio del año 1954 por el Papa Pío XII.



Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube *ADJEMA (Ad Jesum per Mariam)*